

# DE CÓMO CONFLUYEN LA CAÍDA DE MADRID Y LA GALLINA CIEGA

## memorias incómodas de la otra España

Ana Luengo  
Universität Bremen

Para Rafael Chirbes, como agradecimiento a  
empujarme a leer en filigrana.

### RESUMEN

En este artículo se investiga, comparando *La caída de Madrid* de Rafael Chirbes con *La gallina ciega* de Max Aub, la memoria del exilio en el tardofranquismo. A partir del personaje de Chacón, se apela así a las opiniones que Max Aub dejara escritas sobre España en su primera visita tras la guerra civil, cuando descubrió que la España que tuvo que dejar ya no existía.

### PALABRAS-CLAVES

Exilio, Chirbes, Aub

Cuando leí *La caída de Madrid* por primera vez, ya conocía las novelas anteriores<sup>1</sup> de Rafael Chirbes, así que ya estaba predispuesta a encontrarme con un tipo de lectura y con algunos temas que él había frecuentado: la guerra, la posguerra, la culpabilidad, la traición...<sup>2</sup> También esperaba encontrarme con esos personajes polifacéticos, complejos y completos en sí mismos que ya poblaban sus novelas anteriores. No me defraudó en absoluto la primera lectura de *La caída de Madrid*.

Sin embargo, la segunda vez que la leí, algo había cambiado en mi forma de leerla. Jauss<sup>3</sup> escribió que toda obra literaria “suscita recuerdos de cosas ya leídas, pone al lector en una determinada actitud emocional”. Entre las dos lecturas de *La caída de Madrid*, descubrí *La gallina ciega* de Max Aub, lo que me llevó a vislumbrar una serie de huellas

---

<sup>1</sup> Aquí me refiero sobre todo a *La buena letra* (1991), *Los disparos del cazador* (1994) y *La larga marcha* (1996).

<sup>2</sup> En 2003 Rafael Chirbes publicó *Los viejos amigos*, en la que unos camaradas, que hace años estuvieron unidos por el proyecto de la revolución, se reúnen. Se podría considerar esta novela como una continuación coherente del ciclo anterior, esta vez contextualizada en una época de vacío ideológico que lleva a la miseria privada de sus personajes.

<sup>3</sup> JAUSS. *La historia de la literatura como provocación*, p. 164. Cito según la traducción de Juan Godo Costa. Para leer el original en alemán, ver *Literaturgeschichte als Provokation* (1970), en Suhrkamp Verlag.

del libro de Aub en la novela de Chirbes;<sup>4</sup> este hecho a mí me permitió acceder a una nueva clave para la comprensión de la novela. Se trata de un diario de viajes por España publicado por primera vez en 1971<sup>5</sup> en la editorial mexicana Mortiz, aunque el viaje de Aub ya había sido en 1969. Para explicar por qué razón *La gallina ciega* significó para mí un cambio cualitativo en la segunda lectura de *La caída de Madrid*, tendré que centrarme en algunos puntos. En primer lugar destacaré la estructura en filigrana de la novela de Chirbes, señalando los tres campos temáticos principales. En segundo lugar me fijaré en uno de los personajes, el profesor Chacón, gracias al cual explicaré la relación de *La caída de Madrid* con *La gallina ciega* de Aub. Finalmente trazaré un esbozo del estado de la sociedad española del tardofranquismo que se ficcionaliza en *La caída de Madrid*, a partir de una lectura de la novela-diario de Aub, testimonio parcial y perspicaz, sin duda, de aquellos días.

### **LA CAÍDA DE MADRID: ¿UNA RADIOGRAFÍA MORAL?**

En el año 2000 Chirbes publica *La caída de Madrid*, es decir, veinticinco años después de la muerte de Francisco Franco. Por esa razón, en ese año se conmemoraba en programas y dominicales, con cierta euforia, que había pasado un cuarto de siglo desde el final de la dictadura.

Chirbes sitúa su novela en el 19 de noviembre de 1975 y la llama *La caída de Madrid*. Un título pesimista que parece evocar más bien a lo que había pasado en marzo de 1939. La primera reacción, al empezar el primer capítulo, es preguntarse: ¿Por qué caída? ¡Pero si Franco por fin se iba a morir! Reacción mucho más acorde a todos los festejos celebrando el aniversario del principio de la Transición. Cuando se lee la novela se advierte el sarcasmo: se va trazando finamente la gestación de la Transición a la democracia mediante estrategias y pactos personales, pero no en las Cortes ni en El Pardo, sino entre la población. Veinticinco años después del final de la dictadura, no coopera a la alegría de que Franco se muriera de viejo; porque veinticinco años después, en *La caída de Madrid*, se desgrana lo que la sociedad era en ese momento y para lo que se preparaba, forjando una serie de personajes que se relacionan entre ellos –aun sin saberlo en algunos casos–, y no se deja apenas espacio para el optimismo. Se describe esa espera pasiva de algunos hombres y mujeres que arrastran su propio pasado y sus deseos, y que aguantan las últimas horas de vida del dictador, mientras van ocupando unos puestos estratégicos, preparados para tomar el relevo, para sobrevivir a la muerte de la dictadura, o para sobrevivir a secas.

---

<sup>4</sup> Como se verá a continuación, la relación intertextual entre los dos libros se apoya en ejemplos tangibles. Creo que es muy probable que el autor de *La caída de Madrid* conozca el texto de Aub. Aprovecho aquí para agradecerle a Rafael Chirbes el que pusiera a mi disposición varias de sus conferencias y reflexiones sobre literatura, en las cuales Max Aub ocupa un lugar privilegiado. Muchos de esos ensayos se publicaron en 2002, bajo el título de *El novelista perplejo*.

<sup>5</sup> Se tuvo que publicar en México, aunque al autor le habría gustado publicarlo en España (AUB. *La Gallina ciega*, p. 99). Sin embargo, Aznar Soler señala que sí que se conoció en España gracias a reseñas críticas y estudios, así como el primer fragmento del día 29 de septiembre en Madrid, que publicó la revista *Ínsula* como “Fragmentos de un diario”. Además afirma que circuló clandestinamente, como era habitual en la época con cierto tipo de textos (SOLER. Introducción, p. 40).

Lo que pasó, en la realidad fáctica, después de que Franco expirase, los lectores lo sabemos: el llamado “pacto de silencio”. Dice Preston al respecto:

En aras de la construcción de un consenso democrático, las víctimas de la represión renunciaron a sus deseos de venganza<sup>6</sup>, sin exigir un ajuste de cuentas. No se realizó una purga de ejecutores, torturadores, carceleros, informadores, ni de aquellos próximos<sup>7</sup> a Franco que se habían enriquecido durante los años de la dictadura.<sup>8</sup>

La estructura de esta nueva novela se asemeja a la de *La larga marcha*, por la cantidad de personajes diferentes, y al principio hasta ajenos a los demás, que van avanzando en el relato. El narrador es extra-heterodiegético, y va acompañando a los diferentes personajes, apropiándose también de la perspectiva de éstos, mediante la focalización interna. Una diferencia es que en *La caída de Madrid* el relato primero<sup>9</sup> no dura años, como sí que lo hacía en *La larga marcha*, ni avanza junto con las historias de cada personaje, de cada generación. En *La caída de Madrid* el relato primero dura apenas unas catorce horas, pero éste está lleno de diálogos; de reflexiones, más o menos trascendentales, de cada uno de los personajes; de asomos al abismo de la incertidumbre de lo que está por llegar y, sobre todo, de miradas hacia atrás, miradas introspectivas, que no sólo nos hablan de cada uno de ellos desde la intimidad, sino de nuevo de la trayectoria desde la guerra que ya se trazó en *La larga marcha*.

Pero volvamos al relato primero, esas catorce horas del 19 de noviembre de 1975. De la fecha ya se advierte por primera vez sólo comenzar la narración, cuando don José Ricart se está despertando el día de su septuagésimo quinto cumpleaños: “Se permitía un puro en la sobremesa de algunos días señalados, como el de hoy, diecinueve de noviembre”.<sup>10</sup> Son las seis de la mañana.

A partir de ese momento, en *La caída de Madrid* existe una historia que no es sólo una historia, sino tantas como personajes aparecen y tantas como se entrecruzan entre ellos, formando así una filigrana en la que se destacan tres campos temáticos principales.

El primero tiene la forma de un hilo argumental que va engarzando las diferentes historias de la novela y dotándola de unidad: la preparación del cumpleaños del patriarca de la familia Ricart, para el cual la cursi de su nuera ha organizado una fiesta a la que ha invitado a casi todos los personajes, pero no a todos – lo que ya marca una clara escisión entre ellos. En cualquier caso, casi todos ellos organizan su día en referencia a ese hecho, o les afecta indirectamente.

El segundo campo que se destaca es la muerte de Franco. Al igual que en *La gallina ciega*, en *La caída de Madrid* aparece la figura de Franco también como el entramado de una

---

<sup>6</sup> Yo diría más bien de justicia.

<sup>7</sup> Gente enriquecida entre la que estaban -y siguen estando, como nos demuestran las innumerables revistas y programas del corazón tan frecuentados en España- los mismos parientes y descendientes de Franco. Lo que viene a decir que en el 2000 las cosas no habían cambiado tanto.

<sup>8</sup> PRESTON. *Franco* “Caudillo de España”, p. 969.

<sup>9</sup> Me refiero al nivel temporal principal de la novela. En relación al relato primero se construyen las alteraciones de orden del relato, lo que da fenómenos de anacronía: analepsis y prolepsis. Véase GENETTE. *Figures III*.

<sup>10</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 9.

filigrana,<sup>11</sup> que está latente durante toda la novela, por su cercanía física. Pero la muerte del dictador no llega a ocurrir dentro de la novela, aunque todos esperan que pase antes o después. Que no muera al final, aunque los lectores sabemos que es su último día, hace que la novela se apropie de la expectación que en la realidad fáctica significó tal espera. Y también lo es para el lector o la lectora, que cree que va a presenciar esa muerte ficcionalizada. Pero no: la novela empieza y acaba en el 19 de noviembre, y por ello lo hace con la certidumbre de que la vida del dictador llega a su fin, mas con la incertidumbre de cuándo va a pasar. Probablemente porque, aunque Francisco Franco muriera físicamente un día después, el Franquismo en sí más que morir se transformó lentamente en otra fuerza que ocuparía también un lugar en la democracia que iba a llegar. No dejarle morir a nivel ficcional bloquea cualquier lectura optimista y festiva.

Ya en el primer capítulo se narra:

En cualquier caso, aquella música y la voz del locutor le dijeron lo suficiente; le dijeron que Franco aún vivía, puesto que, de no ser así, y según habían previsto los ministerios de Gobernación y Turismo para cuando llegara el momento, todas las emisoras habrían conectado con Radio Nacional y estaría sonando música clásica, la misma en todas ellas. El día anterior había hablado con Maxi, siempre enterado de primera mano de cuanto ocurría en el Pardo y en el Hospital de La Paz. Su amigo le había asegurado que a Franco ya no iban a poder mantenerlo con vida otras cuarenta y ocho horas.<sup>12</sup>

Como es sabido, Franco llevaba gravemente enfermo desde el día 15 de octubre de 1975, en que sufrió un primer ataque al corazón, seguido por otros. El día 25 del mismo mes recibió la extremaunción, y el día 26 de octubre ya no parecía que fuera a sobrevivir. A partir de ahí se fue descomponiendo a velocidad vertiginosa, mientras los médicos de La Paz se desvivían por mantenerlo con vida a base de operaciones, transfusiones, máquinas y demás parafernalia. Finalmente, tras tal larga agonía, decidieron dejarle morir, así que el día 19 de noviembre a las once y cuarto lo desconectaron de las máquinas. El parte médico decía que había muerto a las cinco y veinticinco de la madrugada del día 20 “de un shock endotóxico provocado por una aguda peritonitis bacteriana, disfunción renal, bronconeumonía, paro cardíaco, úlcera de estómago, tromboflebitis y enfermedad de Parkinson”.<sup>13, 14</sup> Esta agonía se ficcionaliza en la novela en un capítulo sobre Maximino, con apariciones del mismo Franco en el discurso directo regido del doctor Pozuelo,<sup>15</sup> en que éste explica que Franco le dice: “¡Qué duro es esto, doctor!”<sup>16</sup>

---

<sup>11</sup> Véase: “TEXTO QUE DEBE LEERSE EN FILIGRANA A TRAVÉS DE TODAS LAS HOJAS DE ESTE LIBRO” (AUB. *La gallina ciega*, p. 103).

En *La caída de Madrid* también debe leerse a través de todas sus páginas, pero esta vez es la muerte del dictador, el final de su biografía.

<sup>12</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 11

<sup>13</sup> PRESTON. *Franco* “Caudillo de España”, p. 959 *et seq.*

<sup>14</sup> Realmente por mucha intención que le pusieran, con fines políticos, como el nombramiento del Presidente del Consejo del Reino el día 27, con tal parte médico era obvio que no podía durar mucho más. En *La caída de Madrid* también aparece esa fecha y esa razón (CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 52).

<sup>15</sup> Vicente Pozuelo Escudero era, en efecto, uno de los consejeros médicos de Franco (PRESTON. *Franco* “Caudillo de España”, p. 969).

<sup>16</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 51.

Aunque los personajes de *La caída de Madrid* no tienen por qué saber que ese día es precisamente el último día de vida del dictador, en toda la novela existe esa posibilidad, y cada uno de ellos sabe que va a tener que enfrentarse con un nuevo futuro. Lo pueden ver con terror, como el comisario Maximino Arroyo; con desconfianza, como José Ricart; como una oportunidad para volver a la lucha de la primera Falange, como su nieto Josemari; con cómoda esperanza, como el profesor Juan Bartos y su mujer; con cierta excitación revolucionaria, como Quini y sus amigos; o con necesidad de una revolución real, como Lucio, el obrero. Aunque muchos de los personajes viven ese final del régimen centrados en el cumpleaños de Ricart, a todos ellos les afecta la posibilidad de que por fin se muera Franco o de que le hagan durar apenas unos días más. Pero lo viven sin saber que es el último día, que sí que se va a acabar muriendo el dictador, mas que lo hará un día después.

El tercer campo temático es mucho más amplio y abarca todas las relaciones personales y los conflictos que se van desarrollando en la novela. Como ya he señalado, *La caída de Madrid* empieza con el despertar de José Ricart. Sin embargo, acaba con Lucio el obrero –uno de los no invitados a la fiesta, a propósito–, a eso de las ocho de la tarde, unas tres horas antes de empezar a trabajar en el metro. Entre medio el narrador acompaña a varios personajes que recuerdan, que van tomando unos puestos y que actúan con unas intenciones, empujados por su pasado o por sus ambiciones. Como se ve, en este campo no se tiende un solo hilo, sino varios: Desde las discusiones por el futuro de Ricart, hasta la traición a Lucio el obrero de la mano del mismo abogado oportunista Taboada, –“Quiero que explote de una vez todo eso, y vosotros me ayudáis con vuestra acción”, le dice éste a Lucio.<sup>17</sup> Desde la violencia de Josemari con su camisa azul, hasta la oposición de los estudiantes que organizan manifestaciones antifranquistas y corren delante de los grises, traicionando a menudo su propio mundo. Desde la brutalidad del comisario aterrado ante la perspectiva de acabar como los *pides*, hasta la lucha de los obreros revolucionarios que han caído en una trampa de grandes dimensiones. Desde los intelectuales que manifiestan una oposición cómoda y segura, e incitan a los jóvenes a tomar ciertas posiciones, hasta la alta burguesía que se organiza comprando a los primeros y que a la vez pacta con quienes han de tomar el relevo y que han estado traicionando a los revolucionarios... Hilos estratégicos que se tejen a veces coincidiendo, cortándose los unos a los otros, anudándose, enlazándose como en una maraña. Pero entre todos ellos, solo y sin estrategia que seguir, está el profesor Chacón, el viejo exiliado.

## EL EXILIADO: UN TESTIGO PARCIAL

Para entender la sociedad del tardofranquismo, es interesante centrarse en este personaje de la novela. Aparece relacionado con otro, y tampoco está invitado a la fiesta de cumpleaños de don José Ricart. El profesor Chacón aparece en el capítulo 12, ya por la tarde, e introducido en la narración sobre el profesor Bartos:

---

<sup>17</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 152.

Ese día ya había cumplido – de manera poco afortunada, por cierto – con uno de sus escasos ritos sociales, la periódica comida con el profesor Chacón, que hacía unos años que había vuelto del exilio tras jubilarse como profesor de literatura en la UNAM de México. El profesor Chacón, después de una primera etapa de cierta euforia, en la que contactó con viejos republicanos, se entrevistó con jóvenes que no habían conocido la guerra y se interesó por los movimientos de la oposición, se había encerrado en su piso en las cercanías de la calle Princesa, donde no recibía más que a tres o cuatro incondicionales (entre los cuales estaba Bartos).<sup>18</sup>

En una segunda lectura de *La caída de Madrid*, caí en la cuenta de que este personaje se podía relacionar con el Max Aub de *La gallina ciega*,<sup>19</sup> lo cual se explica por la siguiente razón: el profesor Chacón es el único personaje que, aunque sea español, es capaz de mirar el país de otra forma; no hablo de imparcialidad, sino de la perspectiva de alguien que no ha sido testigo de lo sucedido en los últimos treinta años. Se exilió tras la victoria nacionalista –“Algunos huyen, otros se destierran/ Para no perecer de propia cólera”, como escribió Jorge Guillén (En “Guirnalda Civil”, de *Y otros poemas*) en 1973.<sup>20</sup> Después de unos treinta años fuera del país, el profesor Chacón ha vuelto a una España para él desconocida; y eso mismo fue lo que le pasó a Max Aub, tal como dejó constancia en *La gallina ciega*. “El país que dejó no es ya el destruido física y moralmente por la guerra civil”, escribe Juan Goytisolo en 2001 con respecto a Aub. El país al que ha llegado el profesor Chacón –y al que vino Max Aub en su momento–, es una España donde ya no se habla de Cruzada, o no tan a menudo,<sup>21</sup> sino de Paz. Un país donde se publica la moderna revista *Triunfo*, se conducen seats y simcas, los turistas ya son parte constituyente del paisaje y las chicas llevan minifalda. Es una España acostumbrada y acomodada al Franquismo. Nada que ver con la España que haya podido imaginar que iba a encontrarse, parecida a la de la posguerra quizás, deudora de la República. Quizás por todo ello, le dice Bartos al profesor Chacón: “Usted (...) posee una autoridad moral que no puede escatimarle al país en un momento como éste. No son franquistas quienes lo admiran a usted, quienes admiran su obra, sino antifranquistas”.<sup>22</sup> Y también por ello, el viejo exiliado le responde con enojo: “Los antifranquistas de los que me hablas son herederos de Franco”.<sup>23</sup>

Eso le tiene que diferenciar sin duda de los españoles que se han quedado o han nacido en la dictadura. Hay que tener en cuenta que, tras la Guerra Civil en España, se impuso un gobierno totalitario que controlaba cualquier manifestación en la esfera de lo público, y también en la de lo privado en la gran medida en la que le era posible.

---

<sup>18</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 185.

<sup>19</sup> Téngase en cuenta que cuando me refiero así al Max Aub de *La gallina ciega*, me refiero al personaje/ narrador de Max Aub en la novela. Al igual que Aznar Soler (*La gallina ciega* (Introducción y edición de Manuel Aznar Soler), p.17 *et seq.*) en su introducción, que Soldevila Durante (1975) y que Gerhardt (2006), considero que *La gallina ciega* se puede leer como un epílogo de su *Laberinto mágico*, por lo que debería leerse como una novela. Aparece como diario de viajes, pero no es más que una modalidad formal.

<sup>20</sup> Jorge Guillén también se había exiliado. Aunque en 1977 ganaría el Premio Cervantes y volvería a España hasta su muerte.

<sup>21</sup> Para la evolución de la memoria oficial de la Guerra Civil en la dictadura y en la Transición, recomiendo la lectura de Aguilar Fernández (1996).

<sup>22</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 187.

<sup>23</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 187.

Para los vencidos de la guerra que se quedaron en España, no hubo ninguna posibilidad de rememorar el pasado como no fuera junto con la memoria oficial franquista – lo que contradecía a su propio recuerdo de la guerra– o en la esfera más íntima de lo privado. Para los vencedores fue mucho más sencillo sobrevivir a la desolación de la posguerra y de sus propias pérdidas, pues habían ganado una guerra y el gobierno del momento los amparaba con su propio discurso oficial: la bandera roja y gualda, las fiestas nacionales, la educación nacionalcatólica, la iglesia, la radio, la censura, el No-Do, la Sección Femenina... y, claro está, los *lieux de mémoire* fascistas que hasta principios del siglo XXI se han visto por toda España.<sup>24</sup> Entonces, ¿qué les quedaba a los vencidos? ¿Dónde estaban? Guillén escribió en el mismo poema que antes cité: “Cadáveres sepultos no se sabe / Dónde: no hay cementerios de vencidos” (*Guirnalda Civil*). El Valle de los Caídos siempre fue sólo de unos caídos, y eso que muchos de los otros cayeron construyéndolo.<sup>25</sup> Además la guerra no había acabado el día 1 de abril de 1939 para una gran parte de la población, que siguió sufriendo sus consecuencias, basadas en esa distinción entre vencedores y vencidos. La represión de la guerra llegó a durar hasta el 28 de marzo de 1969, cuando se firmó la Primera Amnistía General para los delitos<sup>26</sup> cometidos antes de abril de 1939. Luego siguió funcionando la represión del sistema dictatorial, por supuesto. Eso significa treinta años de silencio, y hasta de encierro, para una gran parte de la sociedad, como se recoge en *Los topes*,<sup>27</sup> libro que Manuel Leguineche y Jesús Torbado confeccionaron con los testimonios reales de hombres escondidos en los lugares más variopintos durante años.<sup>28</sup>

Además de todo ello, existe otra razón, esta vez personal, para que me fijara en la mirada del personaje exiliado. El día anterior a la muerte de Francisco Franco, y que sirve de marco cronológico a *La caída de Madrid*, yo no tenía ni un año. Evidentemente no recuerdo nada: ni las botellas de champán que la gente compraba, ni las caras largas, ni los miedos, ni las alegrías contenidas. Me han contado cómo fue, he leído cómo fue, he visto algunas imágenes del entierro de Franco en la televisión; eso es todo. Mi conocimiento de los últimos tiempos de la dictadura se compone, pues, de todas esas lecturas y recuerdos ajenos, y entre ellos algunos han tenido más trascendencia que otros.

Por eso se puede decir que, entre mi primera lectura y mi segunda lectura de la novela, *La gallina ciega* me cambió la perspectiva como lectora y me descubrió muchas cosas sobre una época que yo no viví. Chacón me condujo a Max Aub, o me lo recordó por varias razones. Y tras leer a Aub creí comprender mejor a Chacón. He encontrado

---

<sup>24</sup> Con la aprobación de la llamada Ley de la memoria, según sus artículos 15 y 16, esto debería cambiar a partir de finales de 2007 ([http://noticias.juridicas.com/base\\_datos/Admin/152-2007.html](http://noticias.juridicas.com/base_datos/Admin/152-2007.html)), aunque aun queden tareas tan difícilmente solucionables y a la vez ostentóreas como el aún panteón franquista.

<sup>25</sup> Las obras finalizaron en 1959 y se inauguró el 1 de abril del mismo año, es decir, 20 años después del final de la Guerra Civil. En realidad lo construyeron físicamente los vencidos como panteón de los vencedores, aunque no haya ningún texto del Movimiento como tal. A partir de 2005 se empieza a discutir seriamente en el Parlamento qué hacer con tal monumento y mausoleo de Franco y José Antonio Primo de Rivera, aunque sigue sin tomarse ninguna determinación.

<sup>26</sup> Con ello hay que tener claro que cualquier iniciativa republicana durante la guerra, se podía seguir considerando como delito.

<sup>27</sup> *Los topes* se publicó por primera vez en 1977 en la editorial Argos, y se ha reeditado en 1999 en El País-Aguilar.

<sup>28</sup> En *La gallina ciega* también se narra la historia de un “topo” (AUB. *La gallina ciega*, p. 416).

similitudes biográficas entre ambos, y sobre todo he notado que los comportamientos de ambos a veces se apoyan y explican.

Max Aub había venido a España por primera vez después de la Guerra Civil en 1969, para recoger información con el fin de escribir un libro sobre Buñuel.<sup>29</sup> En aquel momento, él estaba desde 1942<sup>30</sup> exiliado en México y era prácticamente un desconocido en España –“Soy un escritor sin lectores” escribió en su *Diario Personal* (citado por Quiñones).<sup>31</sup> Llegó a Veracruz el 19 de octubre de 1942, después de pasar por los campos de concentración de París, Vernet y Djelfa, y por cárceles de Marsella, Niza y Argel.<sup>32</sup> Esta trayectoria también la ha sufrido el profesor Chacón, a quien “la literatura no le había evitado los campos de concentración del sur de Francia y el exilio”<sup>33</sup> en México. Quiñones escribe al respecto del exilio de Max Aub: “Empezaba así un largo exilio de treinta años del que, con la excepción de los dos breves viajes de 1969 y 1972 a España, nunca le fue permitido regresar”.<sup>34</sup> Es verdad que hasta esa fecha no le fue permitido ir a España,<sup>35, 36</sup> y cuando lo hizo fue con la razón de escribir el libro sobre Buñuel, y con un pasaporte mexicano y un visado que le autorizaba a estar en territorio español unos tres meses, del 23 de agosto de 1969 al 28 de noviembre del mismo año.

Max Aub deja así en *La gallina ciega* un valioso testimonio de la “tragedia del desarraigo” del exiliado que llega a España años más tarde –“Vengo – digo –, no vuelvo”, escribe allí.<sup>37</sup> En *La caída de Madrid* se nos vuelve a presentar esa tragedia del desarraigo con la misma rabia en la voz y en el comportamiento del profesor Chacón, un exiliado que sí que ha vuelto, aún iluso, a esa España que ya no le pertenece, para quedarse encerrado en su piso cerca de la Calle Princesa: “Abandonaba su casa sólo para ir al cine alguna noche (había escrito un par de guiones y era un enamorado del cine)”.<sup>38, 39</sup>

---

<sup>29</sup> El libro fue encargado por editorial Aguilar, Aub lo proyectó como *Buñuel: novela*, un testimonio generacional que quedó inconcluso (SOLER. *La gallina ciega* (Introducción y edición de Manuel Aznar Soler), p. 8). Para algunos datos biográficos ver por ejemplo Soldevila Durante (1994). Un interesante análisis de las notas que Aub dejara, lo lleva a cabo Joan Oleza: *Max Aub entre Petreña y Buñuel: estrategias del antagonismo*, publicado en J. VALENDER; ROJO. *Homenaje a Max Aub*.

<sup>30</sup> Llegó el 1 de octubre a Veracruz, después de sufrir prisión en varios campos de concentración, y de una larga travesía tanto burocrática como geográfica. Sobre ello, se puede leer sus *Diarios* (1998, p. 96 *et seq.*), editado por Aznar Soler.

<sup>31</sup> QUIÑONES. *Max Aub 1936-1942. Los años del compromiso*, p. 36.

<sup>32</sup> Cuyo testimonio se recoge en *Campo francés* (1965), *Diario de Djelfa* (1998) y *Morir para cerrar los ojos* (1967).

<sup>33</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 280.

<sup>34</sup> QUIÑONES. *Max Aub 1936-1942. Los años del compromiso*, p. 43.

<sup>35</sup> En *Campo de los almendros* se lee: “Lo que quisiera es volver algún día a pisar el suelo de las ciudades que conocía hace medio siglo. Pero no le dejan porque ha intentado contar a su modo – ¿cómo si no? - la verdad” (AUB. *Campo de los almendros*, p. 566). Como se ve, el motivo en ambas obras se repite: el conflicto entre volver o no del exiliado.

<sup>36</sup> SOLDEVILA DURANTE. Nueva tragedia de Rip van Winkle: *La gallina ciega* de Max Aub, p. 151 *et seq.*

<sup>37</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 220.

<sup>38</sup> Quizás una coincidencia biográfica no intencionada, pero es sabido que Max Aub era otro enamorado del cine, y que también había trabajado en él, por ejemplo, en *Sierra de Teruel* junto a Malraux, o en el estudio que le sirvió de pretexto para su viaje a España, *Buñuel: Novela*, sin ir más lejos.

<sup>39</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 185.



Se introduce de la siguiente forma la postura del personaje exiliado de *La caída de Madrid*: “Chacón, a la vuelta del exilio, tras una inicial etapa de euforia que le había durado escasos meses, se había vuelto huraño, casi insociable”.<sup>40</sup> A Juan Bartos le cuesta entender la determinación del profesor de seguir en su encierro, lo que a medida que avance la conversación durante la comida en Casa Fernando, será causa de conflicto y de enfado.

En *La gallina ciega* se lee, en una reflexión del narrador sobre los amigos que encontraba que ya habían vuelto a España, o sobre los que no habían podido, o querido, irse:

La terrible soledad del intelectual liberal español que se quedó aquí en 1939 o regresó años más tarde (los que sean) a querer trabajar. Si rico y desengañado: en su piso o finca, callado, inmóvil, ignorante; si no, trabajando en lo que no le interesa o echado a punta de pistola (como Bergamín). No hablo del político que vino a jugarse el físico y de eso vive como vivió, clandestino de sí mismo, sino del triste encerrado en su piso, a lo sumo con su mujer; en el mejor de los casos, con sus libros, releyendo, tomando el sol, refugiado por partida doble: el que no soportó el país que le tocó ni es soportado por el suyo, a su regreso. Se queda en casa, viviendo lo que fue, viéndose como en aquel tiempo, imposibilitado para el futuro como lo está para el presente.<sup>41</sup>

El narrador de *La caída de Madrid* explica en unas líneas la razón de la arisca actitud del viejo profesor exiliado: “no había entendido los cambios de mentalidad que se habían producido en el país durante su ausencia y esa incapacidad para entenderlos y para adaptarse a ellos le había agriado el carácter”.<sup>42</sup> Es decir, que existe una incapacidad de comprensión entre el exiliado, retornado o no, con quienes nunca han salido del país. En realidad, esos cambios de mentalidad y esa incapacidad de afrontar el futuro merecen una reflexión, que se pueden ir apoyando en el texto de Max Aub en gran parte. Aznar Soler los explica en su introducción de *La gallina ciega* de la siguiente forma:

Lo cierto es que Max Aub, perdido en *El laberinto mágico* de la España de 1969, se debate dramática y dolorosamente entre su memoria histórica y la realidad actual, entre la calidad política, ética y literaria de un tiempo histórico que fue el suyo y la mediocridad intelectual y la miseria moral que él juzga dominantes en España durante la dictadura franquista.<sup>43</sup>

En *La caída de Madrid*, el mismo profesor Chacón le dice, “con un punto de ingenuidad”, a Bartos: “Yo creía que España se había paralizado a la espera de que volviéramos, que todo seguía igual, con un vacío en algún lugar que nosotros llenaríamos, pero no, no es así. España ha cambiado, ya no es nuestra, es de ellos”.<sup>44</sup> Treinta años no pasan en vano, y menos treinta años de dictadura en los que existía un único discurso oficial del pasado y del presente, imposibilitando cualquier forma de oposición en la esfera de lo público, a fuerza de instrumentalizar una conmemoración homogénea y falsificada. España no se había paralizado porque, al igual que el régimen franquista se había impuesto a todos los niveles, para gran parte de los españoles que se habían quedado, aquellos años

---

<sup>40</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 186 et seq.

<sup>41</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 567.

<sup>42</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 186.

<sup>43</sup> Aznar Soler. In: AUB. *La gallina ciega*, p. 18.

<sup>44</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 186.

habían sido una larga marcha: hambre, posguerra, cárcel, represión... Y no se había paralizado porque además, y siguiendo los versos de Guillén, “Y poco a poco,/ y sin cesar, inexorablemente/ se reanudan las formas cotidianas/ se inventan soluciones” (en *Guirnalda Civil*). Por lo tanto, qué se puede decir de las siguientes generaciones ya nacidas en esa otra España –diferente y, a su forma, también cotidiana. Chacón dice: “Hay una juventud, una juventud que han formado ellos, que es parte de ellos aunque se les oponga. Son los anticuerpos que ellos mismos han creado para salvarse cuando enfermen de verdad, la vacuna para que el país siga siendo suyo” (*ibidem*). Y con ello diagnostica el estado de la oposición a Franco, y se adelanta a la forma amnésica en que se llevó a cabo la Transición en la realidad fáctica.

También el Max Aub narrador de *La gallina ciega* se da cuenta del estado de esa juventud del tardofranquismo y, de la misma forma que Chacón, se molesta a menudo: “¿cómo van a crecer estos niños? Todavía más ignorantes de la verdad que sus padres. Porque éstos *no quieren* saber, sabiendo; en cambio, estos *nanos* no sabrán nunca nada. Es una ventaja, dirán. Es posible. No lo creo”.<sup>45</sup> Esa misma indignación es la que lleva a Chacón a decirle a Bartos: “Esta España de ellos no me interesa para nada”,<sup>46</sup> con rabia, así como a algunos periodistas. “Esta España *de ellos*”, señalándoles así que no le pertenece a él ni tiene nada que ver con ella, porque es la España diseñada por los otros para ellos mismos.

En *La caída de Madrid*, al final de la discusión entre ambos profesores en Casa Fernando, Chacón acaba exclamando y reiterando lo mismo, esta vez incluyendo ya a Bartos: “–Que no me interesáis nada ni España ni los españoles, coño. Déjame en paz”.<sup>47</sup> El mismo desapego aparece a menudo en *La gallina ciega*: “Sí: no era España, no era mi España.”<sup>48</sup> Como dice acertadamente Gerhardt:

La distancia geográfica y temporal confluyen en la instauración de esa alteridad, inevitablemente establecida entre el exiliado y el lugar del que partió. *La gallina ciega* presenta una y otra vez esta irreductible y dolorosa distancia. Aub reconoce en sí mismo a un escritor de la generación “borrada del mapa” y sufre las consecuencias de esa condición.<sup>49</sup>

Es más, a mi parecer, decide aferrarse a esa condición, también para poder conservar la fidelidad por la España que pudo haber sido, y que no fue. Manteniendo esa actitud, y a pesar del poco tiempo de vida que le queda al dictador en *La caída de Madrid*, el profesor Chacón se niega a cooperar en ningún tipo de optimismo. Bartos le anima a salir de su encierro y reunirse con otros intelectuales, diciéndole que es una autoridad moral en el país. Ante lo cual el viejo profesor se enoja. Puede resultar curiosa esa actitud ante la muerte inminente de Franco, pero no hay que olvidar que el profesor lleva algunos años –no se dice cuántos, ¿cinco, quizás? – en España. Nos explica el narrador que después de un tiempo de optimismo, “se había encerrado en su piso.”<sup>50</sup> Más adelante, tras la comida

<sup>45</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 251.

<sup>46</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 186.

<sup>47</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 188.

<sup>48</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 310.

<sup>49</sup> GERHARDT. Ser y no ser: a propósito de la narrativa exílica de Max Aub, p. 117.

<sup>50</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 185.

en Casa Fernando, y después de que Bartos y Chacón se separen enfadados y dolidos, incapaces de comprenderse, se describe su apartamento, de nuevo focalizado por Bartos:

Lo imaginó subiendo empapado en el ascensor hasta el último piso y, a continuación, trepando- (...) - por la escalerita que conducía hasta el pequeño ático donde tenía su casa, y en el que había libros por todas partes. Los libros de Chacón habían tardado más de tres meses en llegarle desde México. (...) Durante aquellos meses, Chacón había estado primero nervioso, deprimido por culpa de la tardanza del porte, y luego eufórico, excitado, mientras se esforzaba por ordenar la biblioteca.<sup>51</sup>

Se trata del reencuentro con los libros, única coartada posible de esa soledad del intelectual que se describía en *La gallina ciega*, al imaginarse el narrador unos meses más tarde aún en España (supra). Esos libros colaborarán encerrando a Chacón cada vez más en sí mismo: “había decidido mirar sólo hacia dentro, extraer sólo de dentro de sí mismo y de su relación con los libros cuanto necesitaba.”<sup>52</sup> El mismo Chacón le contesta a Bartos, ante su insistencia de que salga: “Yo no necesito ir a ningún sitio”, y después: “¿Tú crees que Marx hizo mucho turismo por Inglaterra, o que aprendió en la Biblioteca Británica?”<sup>53</sup>

Cuando Max Aub va a visitar a Américo Castro en *La gallina ciega*, que ya lleva muchos años en España, éste le dice:

– En veinte años no creo haber ido más de tres veces a la Nacional. Sentado en un sillón desfondado, frente a mi viejo escritorio, el que fue de mi padre, y unos folios en blanco, me invade una sensación de libertad divina que me hace sentirme a la altura del más rico o poderoso de la tierra. No me cambiaría por nadie. Escribo poco, como sabes, releo, corrijo. Fumo. Tomo café.

– No publicas.

– No. ¿Para qué?<sup>54</sup>

Pero en el profesor Chacón no se observa ni esa tranquilidad ni esa resignación del Américo Castro de *La gallina ciega*. Chacón vive de otra forma ese encierro voluntario. Trabaja mucho, quizás igual que Castro, pero no se relaciona con nadie, vive absolutamente solo, y se ha enterrado prácticamente en su ático, de espaldas a los cielos de Velázquez que tanto había añorado en México. Probablemente otra explicación de la actitud de Chacón nos la pueda ofrecer el narrador de *La gallina ciega*, al imaginarse de vuelta:

¿Qué haría aquí? Morirme. Eso se hace en cualquier sitio, en cualquier esquina, de cualquier manera. Sobre tierra. No puedo. Dime: ¿qué haría yo aquí? No he nacido para comer y beber sino para decir lo que me parece, para publicar mi opinión. Si no lo hago me muero (ahora sí, de verdad).<sup>55</sup>

Chacón sí que ha venido para quedarse, ha vuelto, y se ha encerrado. Ha vivido la experiencia en su propia carne de ir cayendo en el olvido, y de escribir para no publicar. Lo que había augurado el Max Aub de *La gallina ciega* el día 28 de octubre de 1969: “Dentro

<sup>51</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 190.

<sup>52</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 190.

<sup>53</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 187.

<sup>54</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 376.

<sup>55</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 497.

de un mes, si me quedara, andaría por ahí como Antonio Espina y Fernando González, fantasma de mí mismo. Vuelto a la sombra de lo que fui sin que nadie se acordara del santo de mi nombre ni de una línea de mi figura”.<sup>56</sup> Ese olvido que el mismo Chacón se ha impuesto, tras haber estado en contacto con jóvenes que no habían conocido la guerra y haberse interesado por la oposición al régimen franquista. Algo más ha tenido que provocar ese distanciamiento. Quizás haya sido algo que también molesta a Aub durante toda *La gallina ciega* cuando se encuentra con jóvenes, y que ya antes advertí: el desconocimiento del pasado, como la adolescente que no sabe qué es el fascismo,<sup>57</sup> o la falta de interés de los jóvenes en general:

Estuve el mayor tiempo posible con gente joven o que lo fue hasta hace poco; extraños y familiares: ninguno me preguntó nunca nada acerca de la guerra civil (...). Sencillamente les tiene sin cuidado; tal vez hubiese sido lo contrario si hubiesen pensado en ello. Pero no.<sup>58</sup>

Cuando se lee *La caída de Madrid* se cae en la cuenta de que, esa actitud de desinterés de los jóvenes, quizás sea lo que le provoque tal desapego a Chacón: en la novela en realidad se habla poco de la Guerra Civil, pero está siempre presente, en símbolos, objetos y lugares, aunque quienes más la parecen evocar son los que la vivieron y la vencieron, y el joven falangista. Sin embargo, hay algo que a Aub (¿y quizás a Chacón?) le pasa desapercibido, pero que en *La caída de Madrid* también se puede observar. Es cierto que en el diálogo entre ambos profesores no aparece el tema del pasado de España, como también se lo señala Chacón: “Somos amigos. Eso sólo tiene que ver con España y sus problemas de refilón. Los compartimos como compartimos el asado o la afición a la música”,<sup>59</sup> aunque precisamente es eso lo que les distancia. Pero también es cierto que el pasado de España no les tiene a todos los jóvenes totalmente sin cuidado. Dejando de lado la admiración por el falangismo de Josemari, y fijándome en la oposición y la memoria de la República, se observa la existencia de ciertos objetos de conmemoración entre ellos. Éste es el caso del maratón literario que se celebra en el paraninfo de la universidad. Se ha decorado con banderas rojas y republicanas y con consignas que no tienen nada que ver.<sup>60</sup> Lucas lee un discurso grandilocuente sobre el futuro de España, pues el comunismo, según él, ha prendido hasta en las capas dominantes, y “por esa imparable toma de conciencia de la necesidad de un cambio por sectores cada vez más amplios de la población, puede decirse sin temor a equivocaciones que el futuro progresista del país está asegurado; es más, es históricamente inevitable”.<sup>61</sup> Hay que recordar que éste es el mismo estudiante descendiente de trabajadores, militante del P.C., trabajador él mismo, que también se traiciona y vive dos moralidades:

---

<sup>56</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 559.

<sup>57</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 563.

<sup>58</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 106.

<sup>59</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 187.

<sup>60</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 103.

<sup>61</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 104.

Cuando le daba por pensar de esa manera vulgar, hasta su militancia en el pecé le parecía vulgar, los del pecé, aquellos camaradas con una ideología falta de matices, que se reunían para asar chuletas en algún lugar de la sierra, se emocionaban sólo porque alguien les pasaba una cinta grabada con la voz de Dolores<sup>62</sup>, guardaban las fotos de José Díaz<sup>63</sup> como si fueran estampas y sollozaban tarareando en voz baja “La Internacional”<sup>64</sup>

Aunque ambas moralidades estén igual de poco matizadas ideológicamente e igual de centradas en una simbología arraigada en la Guerra Civil, hay una diferencia entre ellas, pues la que a él le avergüenza del P.C. parece moverse por la nostalgia, mostrándose hasta con patetismo, mientras que la simbología entre los estudiantes universitarios, tiene otro carácter.

En el maratón después le llega “el turno a un chico delgado que, acompañándose de una guitarra, cantó la versión musicada de ese poema en el que León Felipe le deja la espada al general y se lleva la canción”,<sup>65</sup> lo que parece ser un guiño irónico del autor implícito: se refiere seguramente a una versión de algún cantautor, basada en el poemario *España e Hispanidad* (1942-1946). Las voces “ese poema” consiguen alejarnos del poema original, que el narrador parece conocer con vaguedad, al igual que los presentes al maratón. Pero el entusiasmo que le sigue no es nada en comparación con el que despierta el poema “Mola en los infiernos” de Pablo Neruda de *España en el corazón*,<sup>66</sup> “que cantaron a dúo dos tipos con la cabeza cubierta por pasamontañas y envueltos en sábanas pintadas con vistosas hoces y martillos”.<sup>67</sup>

... es arrastrado el turbio mulo Mola  
de precipicio en precipicio eterno  
y como va el naufragio de ola en ola  
desbaratado por azufre y cuerno,  
cocido en cal y hiel y disimulo,  
de antemano esperado en el infierno,  
va el infernal mulato  
el Mola mulo definitivamente turbio y tierno  
con llamas en la cola y en el culo.<sup>68</sup>

Los dos indiscretos camuflados se lo dedican “a quien vosotros sabéis, y que muy pronto irá a hacerle compañía a Mola”.<sup>69</sup> Curiosamente hay otro poema ya dedicado a Franco en el mismo poemario, “El general Franco en los infiernos”,<sup>70</sup> aunque o no lo conocen o

---

<sup>62</sup> Se refiere obviamente a Dolores Ibárruri, la Pasionaria.

<sup>63</sup> Era el secretario general del P.C. durante la guerra civil.

<sup>64</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 116.

<sup>65</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 116.

<sup>66</sup> La primera edición española después de 1939 de este poemario, en *Tercera Residencia*, aparece desde 1977 en Seix Barral. La *editio princeps*, data de noviembre de 1937, y se publicó en Santiago de Chile, en la Editorial Ercilla. En noviembre de 1938, con el sello del Ejército del Este, Ediciones Literarias del Comisariado (500 ejemplares) y en enero de 1939 (1.500 ejemplares) se reedita, bajo la dirección de Manuel Altolaguirre.

<sup>67</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 116.

<sup>68</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 106.

<sup>69</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 116.

<sup>70</sup> Para ambos poemas, véase Neruda (*Obras Completas. De “Crepusculario” a “Las uvas y el viento” 1923-1954*, p. 381 et seq.).

no se atreven a recitarlo, haciéndole sólo una sutil referencia. En cualquier caso, toda esa simbología mezclada, sin distinciones, denota una cómica frivolidad en la apropiación de los recuerdos de los vencidos de la guerra, así como el desconocimiento del que se quejan los viejos exiliados.

En realidad, lo que mueve a los jóvenes es el interés por el futuro, aunque lo apoyan en una simbología algo desvirtuada que privaba en la fecha, y que no conlleva siempre una reflexión histórica real. Es decir que la República aparece de forma mitificada, centrada en sus propios símbolos: banderas, canciones, fotos y consignas. Pero de nuevo no se puede olvidar algo que quizás explique esta ingenuidad del maratón literario, y es que a los jóvenes estudiantes de los años setenta sólo les había llegado la conmemoración oficial franquista, porque habían nacido ya en una dictadura de los vencedores que dejaba el recuerdo de los vencidos en el limbo de los mitos personales. Se lee también en *La gallina ciega*, en una reflexión más benévola sobre el desconocimiento de los jóvenes: “La culpa no es de ellos: no les enseñaron nada de ese tiempo”.<sup>71</sup>

En cualquier caso, cada cual protagoniza su propia época. Ante la muerte de Franco, la mayoría estaba más concentrada en lo que iba a pasar después: “Les importaba saber qué me parecía España, lo suyo, el futuro”,<sup>72</sup> escribe un Aub dolorido. Ésa es, al fin y al cabo, la mayor incompreensión. En *La caída de Madrid*, tras la abrupta despedida, explica el narrador, siguiendo los pensamientos de Juan Bartos, sobre el profesor Chacón:

Le parecía un empeño inútil y orgulloso. Había vuelto a España y la izquierda lo había recibido con los brazos abiertos. Podía dejarse querer, participar en actividades, asistir a conferencias a las que lo invitaban, y sin embargo él había decidido estúpidamente encerrarse en un agujero, una decisión que sólo explicaba su tozudez ideológica.<sup>73</sup>

Esa opinión del joven intelectual vuelve a marcar de nuevo el desencuentro no sólo entre ambos personajes, sino también entre dos tiempos, escindidos por la dictadura y sus consecuencias irremediables, y dos moralidades. Bartos mira para el futuro, optimista y amoral, pero es que Bartos no ha conocido otra cosa que la España de Franco, y toda su ideología –si se le puede llamar así– se reduce a una serie de símbolos sin cimiento ni coherencia y, al fin y al cabo, agrupados con frivolidad, como se señala con la última imagen:

El profesor Juan Bartos tenía una fotografía del Che Guevara grapada en el panel de corcho que ocupaba la pared que había a la izquierda de su mesa y en el que también podían verse una reproducción del *Guernica*, el Pont des Arts de París representado en una pequeña postal en blanco y negro, la imagen de un marino portugués con un clavel en la oreja y manteniendo en brazos a un niño, un dibujo de Alberti [...], y un fotograma de King Kong.<sup>74</sup>

El narrador de *La caída de Madrid* explica así la diferencia de actitud entre ambos profesores: “mientras en su desapego (el de Bartos) por el activismo político podía detectarse una confusa mezcla de pudor (...), desidia y pereza, en el encierro de Chacón se mostraba una altivez casi insultante, como si, con su actitud, quisiera culpar a los demás de su

<sup>71</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 345.

<sup>72</sup> AUB. *La gallina ciega*, p. 107.

<sup>73</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 191.

<sup>74</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 90.

triste aislamiento”.<sup>75</sup> (El paréntesis es mío). Quizás sí que sea ésa la forma de echarles en cara a los españoles que no haya pasado nada, que sólo sepan esperar la muerte del dictador sin poder concebir otro fin de esa dictadura. Pero es que Chacón se revuelve, como lo hizo el Max Aub de *La gallina ciega*, al ver en lo que han convertido a la España de su nostalgia desde su moralidad republicana, a la que Bartos llama, desde su amoralidad (anti)franquista, “tozudez ideológica”.

Porque la realidad es que en España no se dio ninguna revolución real como sí que se había dado en Portugal (ese miedo del comisario a los *pides* durante toda la novela). Simplemente se iba esperando a que Franco muriera de una vez, asumiendo que era la única salida a ese túnel. Sin embargo, Bartos es en cierta forma consciente de esa dignidad que empuja a la ira al profesor Chacón, y que ellos no han podido –o querido– aprender, y por ello:

se le hacía aún más arduo a Bartos tener que acudir a la maldita fiesta de los Ricart, porque le parecía que las recriminaciones de Chacón iban a perseguirlo todo el tiempo que pasara en aquella casa, a cuyos habitantes no conocía ni tenía malditas ganas de conocer. Juan Bartos no le recriminaba nada a nadie.<sup>76</sup>

Al final los va a conocer, evidentemente, pero la recriminación moral de Chacón ya está hecha (y quizás también la del autor implícito). Se juntan todos los personajes – salvo Taboada, que “aún” no está invitado – que caracterizan de alguna forma lo que va a ser –y fue– la Transición. Ya han ido tomando sus puestos. Los que no están invitados se quedan bajo la lluvia, en la cárcel, en el encierro de un pequeño ático, en una pensión o en la cocina.

## CONCLUSIÓN

Algunos críticos han señalado que la novela contemporánea sobre la Guerra Civil y la posguerra se caracteriza por una pérdida de la ideología y una mitificación del conflicto.<sup>77</sup> Esta generalización quizás tenga una gran parte de razón en varios casos, pero no en todos. La novelística de Rafael Chirbes “se comporta como un signo de la realidad histórica: de ella se alimenta, a ella remite”, tal como señalaba Caudet<sup>78</sup> a propósito de la obra de Max Aub. Se fabula, pero sin perder de vista el sentido de los hechos ya históricos y su desenlace, y, por ello, se presenta el pasado de un modo tan incómodo como ineludible, y la lectura de sus novelas lleva a la reflexión histórica; a la vez que se centra en la intimidad de sus personajes “tomando una posición conscientemente contrapuesta a la imagen oficial y pública del tiempo correspondiente”.<sup>79, 80</sup> En realidad, leer esta novela no es una

---

<sup>75</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 191.

<sup>76</sup> CHIRBES. *La caída de Madrid*, p. 192.

<sup>77</sup> BERTRAND DE MUÑOZ. *Novela histórica, autobiografía y mito (La novela y la Guerra Civil Española desde la Transición)*.

<sup>78</sup> CAUDET. *El realismo histórico de Max Aub*, p.13.

<sup>79</sup> En su estudio, Jacobs se refiere a la novelística de Chirbes hasta *La larga marcha*, aunque la observación me parece igualmente apropiada para *La caída de Madrid*.

<sup>80</sup> JACOBS. *Las novelas de Rafael Chirbes*, p. 175.

experiencia nostálgica, ni un ejercicio de crítica en la que guarecerse tras el narrador ni tras un determinado personaje.<sup>81</sup> No hay lugar para la inmunidad ni para la mitificación. En *La caída de Madrid* no se reúnen toda la traición, la culpabilidad y la corrupción solamente en el dictador, sino que los personajes son responsables de sus propios actos y de sus estrategias acomodadizas a la espera de la muerte de Franco, a la espera del inicio de una Transición ya diseñada.

Una Transición que sabemos cómo se hizo, amparada por el silencio, y sin traicionar a su vez las Leyes Fundamentales del Movimiento,<sup>82</sup> arropada por el miedo a otra contienda causada por la asumida sangre cainista española.<sup>83</sup> Nunca se llevó una repartición de culpas ni de disculpas, y para que no hubiera peligro de que se pudiera romper ese encantamiento, se impuso la amnesia. En la Transición a Francisco Franco se le convirtió en primer y último responsable de la dictadura, en único monstruo,<sup>84</sup> librando así al resto de cualquier responsabilidad. Franco murió, y, con él, el régimen. Eso fue todo.

A propósito de esto, Buckley ha escrito, y con razón:

Faltó, en la transición española, ese “quinto poder”, esa autoridad moral que, en determinados momentos de la historia, debe ejercer la clase intelectual como contrapeso del poder político, para alejar el pensamiento de la clase política de que aquella transición era, exclusivamente, cosa de ellos.<sup>85</sup>

En el año 2000, veinticinco años después de la muerte de Franco, la mayoría prefería mantenerse aún en esa tranquilidad de conciencia de haber hecho tanto en la oposición al régimen, regodeándose en el limpio y pacífico paso a la democracia, y sin recriminar nada a nadie. Pero tras *La caída de Madrid* es imposible mantener la cómoda actitud contemplativa. Coloca a los lectores frente al pasado reciente, pero esta vez no mitificado, aunque sí enrevesado, exagerado y caricaturizado, lo cual colabora a profundizar en aquellos días, y a explicar, en gran parte, éstos.



---

<sup>81</sup> Me refiero al uso de personajes en el nivel de lo narrado con la función de manifestar la opinión del autor: los portavoces (GRIMM. *Rezeptionsgeschichte. Grundlegung einer Theorie mit Analysen und Bibliographie*, p. 40).

<sup>82</sup> Véase AGUILAR FERNÁNDEZ. *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*. También es interesante la lectura de FERNÁNDEZ-MIRANDA LOZANA; FERNÁNDEZ-MIRANDA CAMPOAMOR. *Lo que el Rey me ha pedido: Torcuato Fernández-Miranda y la reforma política* Información general, muy detallado sobre la reforma política desde dentro del Régimen.

<sup>83</sup> Se trata, claro está, del mito determinista de las dos Españas. Para una crítica del mismo, ver REIG TAPIA. *Memoria de la guerra civil*. Los mitos de la tribu y LUENGO. *La encrucijada de la memoria*. La memoria colectiva de la Guerra Civil Española en la novela contemporánea.

<sup>84</sup> Juan Luis Cebrián publicó también en 2000 *La agonía del dragón*, refiriéndose a Franco con la animalización mitológica, lo que ya es significativo de por sí.

<sup>85</sup> BUCKLEY. *La doble transición*. Política y literatura en la España de los años setenta, p. xvii.



## RESUMO

Neste artigo, em que se compara *La caída de Madrid* de Rafael Chirbes com *La gallina ciega* de Max Aub, pesquisa-se a memória do exílio no franquismo tardio. A partir da personagem de Chancón, são invocadas as opiniões que Max Aub escrevera sobre a Espanha em sua primeira visita depois da Guerra Civil, quando descobriu que o país que tivera de deixar já não existia.

## PALAVRAS-CHAVE

Exílio, Chirbes, Aub

## REFERENCIAS

- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma. *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.
- AUB, Max. *Diarios (1939-1972)* (Edición de Manuel Aznar Soler). Madrid: Alba Editorial, 1998.
- AUB, Max (1971). *La gallina ciega* (Introducción y edición de Manuel Aznar Soler). Madrid: Alba Editorial, 1995.
- AUB, Max (1971). Introducción. In: \_\_\_\_\_. *La gallina ciega* (Introducción y edición de Manuel Aznar Soler). Madrid: Alba Editorial, 1995. p. 40.
- AUB, Max (1968). *Campo de los almendros* (Introducción y edición de Francisco Caudet). Madrid: Clásicos Castalia, 2000.
- BERTRAND DE MUÑOS, Maryse. Novela histórica, autobiografía y mito (La novela y La Guerra Civil Española desde la Transición). In: CASTILLO ROMERA, José; GUTIÉRREZ CARBAJO, Francisco; GARCÍA-OAGE, Mario (Org.). *La novela histórica a finales del Siglo XX*. Madrid: Visor, 1996.
- BUCKLEY, Ramón. *La doble transición*. Política y literatura en la España de los años setenta. Madrid: Siglo XXI, 1996.
- CAUDET, Francisco. El realismo histórico de Max Aub. *Ínsula*, 569, p. 13-15, 1994.
- CEBRIÁN, Juan Luis. *La agonía del dragón*. Madrid: Alfabeta, 2000.
- CHIRBES, Rafael. *La buena letra*. Madrid: Editorial Debate, 1992/2000.
- CHIRLES, Rafael. *Los disparos del cazador*. Barcelona: Anagrama (Narrativas Hispánicas), 1994.
- CHIRBES, Rafael. *La larga marcha*. Barcelona: Anagrama (Narrativas Hispánicas), 1996.
- CHIRBES, Rafael. *La caída de Madrid*. Barcelona: Anagrama (Narrativas Hispánicas), 2000.
- CHIRBES, Rafael. *El novelista perplejo*. Barcelona: Anagrama (Colección Argumentos), 2002.
- CHIRBES, Rafael. *Los viejos amigos*. Barcelona: Anagrama (Narrativas Hispánicas), 2003.
- FELIPE, León. *Antología rota*. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A. (Biblioteca clásica y contemporánea), 1957/1978.

- FERNÁNDEZ-MIRANDA LOZANA, Pilar; FERNÁNDEZ-MIRANDA CAMPOAMOR, Alfonso. *Lo que el Rey me ha pedido. Torcuato Fernández-Miranda y la reforma política*. Barcelona: Plaza & Janés, 1995.
- GENETTE, Gérard. *Figures III. Discours du récit*. Paris: Seuil, 1972.
- GERHARDT, Federico. Ser y no ser: a propósito de la narrativa exílica de Max Aub. In: MACCIUCCI, Raquel; CORBELLINI, Natalia (Org.). *De la periferia al centro. Discursos de la otredad en la narrativa contemporánea española contemporánea*. La Plata: Ediciones Al Margen, 2006.
- GOYTISOLO, Juan. El regreso a Ítaca. *El País*, Babelia, 28 jul. 2001.
- GRIMM, Gunter. *Rezeptionsgeschichte. Grundlegung einer Theorie mit Analysen und Bibliographie*. München: Wilhelm Fink Verlag, 1977.
- GUILLÉN, Jorge. Aire nuestro. *Y otros poemas*. Edición de Guillén, Claudio y Antonio Piedra Valladolid: Centro de Creación de Estudios Jorge Guillén. Diputación de Valladolid, 1987. 5 v.
- JACOBS, Helmut C. Las novelas de Rafael Chirbes. *Iberoamericana*, v. 23, n. 75-76, p. 175-181 1999.
- JAUSS, Hans Robert. *La historia de la literatura como provocación*. Barcelona: Ediciones Península, 1970/2000.
- LEGUINECHE, Manuel; TORBADO, Jesús. *Los topos*. Madrid: El País-Aguilar, 1999.
- LUENGO, Ana. *La encrucijada de la memoria. La memoria colectiva de la Guerra Civil Española en la novela contemporánea*. Berlin: Edition Tranvía, 2004.
- NERUDA, Pablo. De “Crepusculario” a “Las uvas y el viento” 1923 1954. In: \_\_\_\_\_ *Obras Completas*. Barcelona: Galaxia Gutenberg; Círculo de Lectores, 1999.
- OLEZA, Joan. Max Aub entre Petreña y Buñuel: estrategias del antagonismo. In: VALENDER, J.; ROJO, G. (Org.). *Homenaje a Max Aub*. México. El Colegio de México, 2005.
- PRESTON, Paul. Franco “Caudillo de España”. Barcelona: Mondadori (Mitos Bolsillo), 1993/1998.
- QUIÑONES, Javier. Max Aub 1936-1942. Los años del compromiso. *Quimera*, n. 134, p. 36-43, 1994.
- REIG TAPIA, Alberto. *Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu*. Madrid: Alianza Editorial, 1999.
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio. Nueva tragedia de Rip van Winkle: *La gallina ciega* de Max Aub. *Papeles de Son Armadans*, CCXXX, p. 151-182, 1975.
- SOLDEVILA DURANTE, Ignacio. Max Aub 1903-1936. El aprendizaje y la vanguardia. *Quimera*, n. 134, p. 28-35, 1994.
- VALENDER, J.; ROJO, G. (Org.). *Homenaje a Max Aub*. México. El Colegio de México, 2005.